

Reflexiones sobre un

cráneo vivo neanderthaloide

De todos es sabido que en el accidentado curso de formación de la Antropología, uno de los problemas que más hubieron de apasionar a los sabios, fué el de determinar el número de especies del género Homo.

Quizá durante algo más de un siglo anduvieron divididos los antropólogos en mono y poligenistas; razones científicas y metafísicas, lo divino y lo humano fueron elementos puestos a contribución por los difinidores para defender sus tesis respectivas; tesis tan dispares que desde el monogenismo tradicional del Génesis, hasta el poligenismo asaz múltiple de un Bory de Saint Vicent o de un Agassiz podían hallarse todos los matices; mas, a fines del pasado siglo, dejándose llevar los antropólogos, a nuestro entender y en primer término, de razones sentimentales, aceptóse por la inmensa mayoría la unidad de la especie. ¡Bellas razones que permitieron acabar, de una vez para siempre, cuando menos en derecho, con la bárbara esclavitud!

Y decimos razones sentimentales, porque no sabríamos explicarnos de otra manera que lo que fué motivo de estruendo científico, de dura lucha en la que las convicciones científicas y las creencias religiosas chocaron violentamente, en la actualidad, por otros sabios muy próximos a aquellos, por los prehistoriadores haya sido resuelto dulce y serenamente, sin violencias, sin encono de pasiones, pero en sentido contrario. Es que entonces tratábase de *hominos vivos*, sobre los que habrían de caer las amargas últimas consecuencias de la afirmación de la pluralidad de especies humanas, y ahora se habla de especies extintas sobre las que no puede caer el duro peso de nuestra superioridad.

Mas no es este el asunto que ahora nos interesa y cuyas derivaciones habrían de llevarnos muy lejos y a terrenos escabrosos por demás; sí diremos, que, en principio y sin discutirla, aceptamos la postura de los prehistoriadores, no sin dejar apuntado que vemos cómo, poniendo en nuestro ánimo algo de confusión, sin una perfecta delimitación, emplean estos señores los términos *especie* y *raza*, y que al enumerar las especies no

sólo no están de acuerdo en su clasificación sino ni aun en el lugar jerárquico o genealógico que a cada una corresponde; pues así como nos hablan de las especies: *Homo amentalis*, *H. neanderthalensis*, *H. Heidelbergensi*, *H. Sapiens* con sus variedades: *fósilis* y *recese*, *Eoantropus Dawsoni*?, y que otros reducen a dos: *sapiens* y *neanderthalensis*, aquéllos consideran, no muy firmemente, el H. de Neanderthal como *H. primigenius*, del que procede el *H. sapiens*, éstos creen que ambos proceden de un tronco común muy lejano, y algunos no saben, al cabo, qué decir: si el *sapiens* procede por evolución de aquélla o de otra especie

Empero, nosotros, queremos aceptar de momento la opinión que admite dos especies bien definidas, procediendo ambas de un tronco común aunque lejano y desconocido.

De estas especies, la de Neanderthal, que es la que nos interesa, se caracteriza fundamentalmente: «por la presencia bien ostensible de un reborde óseo continuo de una a otra apófisis orbitarias externas, la frente algo huída, craneo dolicocefalo, fosas temporales hundidas, rostro prognato y mandíbula sin menton o muy ligeramente iniciado. Existió en el paleolítico inferior o medio, desapareciendo totalmente en la época musteriense; tras de ella no han quedado formas de transición ni en el paleolítico superior ni en el neolítico ni en la época actual; sus caracteres no se encuentran en las razas superiores actuales, pues si en algunos craneos hallados en sepulturas prehistóricas, históricas o actuales se observan algunos detalles por los que se pudiera pensar tratábase de craneos neanderthaloides, debe tenerse en cuenta que aquéllos sólo son, de ordinario, un fuerte resalte de las arcadas orbitarias y una cierta huída de la frente, mientras que el rostro es muy diferente y el menton siempre bien acusado, es decir, son *H. sapiens* con caracteres atávicos, que han formado parte del fondo común de los lejanos antepasados de estas dos especies y que pueden aparecer accidentalmente. Y, por último, tras el periodo glacial debió desaparecer, la especie, de nuestras latitudes, conservándose, sin embargo, por expansión o emigración en Africa—hombre de Rodesia—y Australia donde pueden hallarse actualmente, conservando los rasgos primitivos de bestialidad, pero habiendo adquirido en el transcurso de los siglos la actitud perfectamente derecha, por lo que estaría más evolucionado que su viejo hermano de Europa».

Esto nos dicen, en concreto, los prehistoriadores—El hombre fósil, Obermayer; Les hommes fósiles, Marcellin Boule—Pero nosotros hemos de añadir dos hechos nuevos, que consideramos de alto interés para un juicio definitivo. Hélos aquí:

Ha próximamente dos meses fué descubierto un yacimiento prehistórico en las obras del canal del pantano del Guadalmeñato, en Alcolea, y en este yacimiento—del que ya tienen noticia los lectores por el número

extraordinario de este Boletín aparecido en Febrero—, neolítico según opinión de los señores Hernández Pacheco y Carballo, encuéntrase un cráneo típico de la especie neanderthalensis, pues además de presentar su torus supraorbitario bien marcado, la frente huída, etc., acompañábase de una mandíbula, al parecer a él correspondiente, con las apófisis genis rudimentarias y el mentón muy poco ostensible.

Posteriormente, nosotros, hemos hallado entre los enfermos de este Manicomio provincial, un desgraciado epiléptico, cuyas son las radiografías que acompañamos, y en el que encontramos: dolicocefalia, torus supraorbitario, continuo de una a otra apófisis orbitarias externas; rostro hoccido; torus occipital que culmina en una enorme protuberancia occipital externa; y mandíbula gruesa, sólida, sin mentón (en los tejidos blandos es normal), huída hacia atrás y abajo en la línea media, línea que parece prolongarse en su borde inferior en forma de espina. (1)

Y al comparar estos dos hechos, al parecer notables, teniendo en cuenta aquellos cánones establecidos por los prehistoriadores, hemos inducido, a nuestro entender lógicamente, que el torus supraorbitario y demás caracteres morfológicos nombrados fundamentales no son tipológicos, pues que pueden presentarse en todas las épocas humanas y, por consiguiente, que a las edades culturales de la humanidad no corresponden tipos especiales. (2)

Esto hemos sostenido, en principio, al intervenir en la discusión habida en la Real Academia de Ciencias de Córdoba con motivo del hallazgo de Alcolea, mas no creemos conveniente detenernos aquí. Aquellos cánones, cimentados en unos cuantos, escasos hechos, creemos pueden ser modificados, alterados por algunos hechos más si estos, aunque también escasos, pueden esgrimirse como notables.

En este sentido, teniendo en cuenta que «el hombre de Rodesia y la raza australiana, ofrecen, con el hombre de Neanderthal, un fondo común de caracteres primitivos» y que «no obstante las diferencias que los separan, se puede admitir que las tres formas tienen un origen común» (Boule), al hallarnos ante un cráneo y una mandíbula neolíticos con los rasgos neanderthaloides perfectamente marcados y ante un cráneo vivo con los mismos rasgos no solo marcados, sino exagerado alguno, nos creemos

(1) También hemos hallado varios enfermos en los que el torus frontal muestráse iniciado, y, fuera del Manicomio, algún caso con torus más exagerado que el radiografiado.

(2) La variedad de craneos y de restos de industria encontrados en el yacimiento de Alcolea (desde lo más bajo del paleolítico, a lo más reciente del neolítico) nos ha permitido calificarle de yacimiento *proteofósil* y *proteolítico* y afirmar que el cráneo por las circunstancias que le rodean, no es catalogable con arreglo a los cánones de los prehistoriadores.

autorizados a admitir que también estos, sin diferencias notables que los separen del hombre de neanderthal, tienen el mismo origen y, por ende, que la especie neanderthalensis se ha perpetuado en nuestras latitudes a través del periodo neolítico y de la época actual. Lo que nos llevaría a afirmar que en el hombre europeo de nuestros días aún se encuentra la especie neanderthalensis bien diferenciada — que si bien pudiera admitirse en ejemplares muertos, de los que no se conocen los progenitores, o en razas como la australiana, es bastante difícil y atrevido al tratarse de un



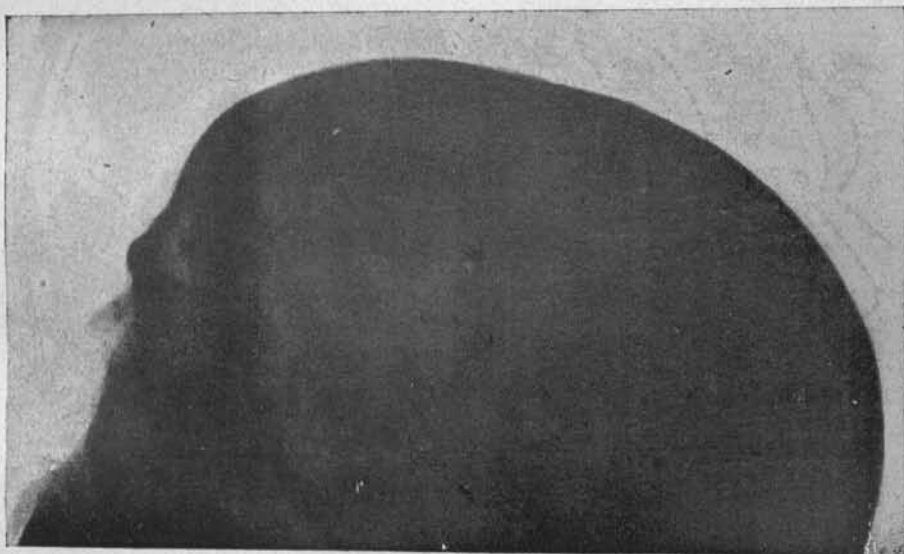
Radiografía de la cabeza de un enfermo del Manicomio provincial, obtenida por el Dr. D. Emilio Luque Morata.

hombre vivo que, aunque anormal, es igual a nosotros en él mismo y en sus ascendientes—o, mejor, que es la resultante de la fusión íntima de dos especies, quizá una tercera especie producto de aquellas dos, evolutiva una y regresiva la otra, y en la que los rasgos predominantes pertenecen a la primera, pudiendo presentarse de vez en vez los de la segunda, como fenómeno atávico.

Y ya ésta, es una nueva cuestión. Sin duda de ninguna clase, los rasgos que encontramos en el cráneo y rostro de las radiografías son manifestaciones de atavismo, «caracteres verdaderamente primitivos, que han formado parte del fondo común de los lejanos antepasados»...; esto no puede-

mos discutirlo en nuestro ejemplar vivo, por sus antepasados, por su aislamiento, etc., a pesar de ser muy marcados sus caracteres y en buen número y no simplemente «un fuerte resalte de las arcadas orbitarias y una cierta huida de la frente».

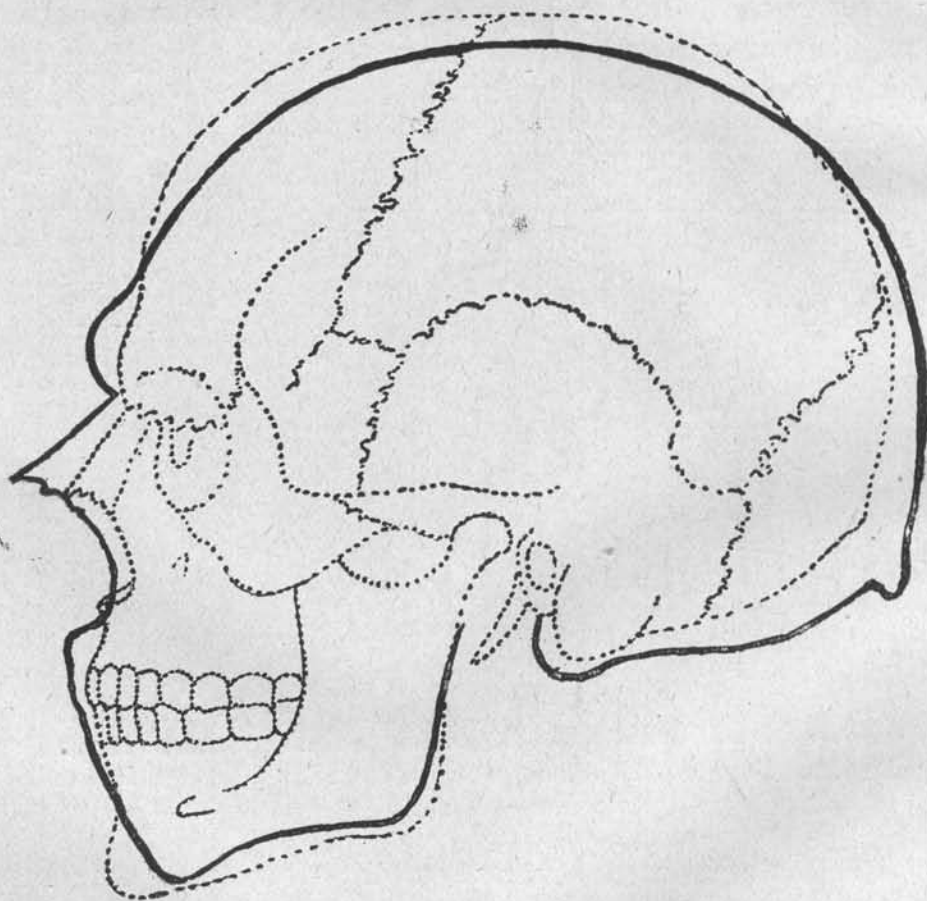
Pero ¿por qué no aceptar también como atavismo los rasgos del hombre, aislado, sin antecedentes, hundido en las tierras africanas? ¿Por qué no los rasgos de la raza australiana, muy distante de Neanderthal; distancia que obliga admitir una capacidad de expansión enorme y prodigiosa, poco conforme con la que se asigna en biología a las formas regresivas? ¿Por qué no los rasgos de los restos descubiertos en Alcolea, en un solo cráneo y una sola mandíbula, entre otros cráneos en los que casi se acusan y otros idénticos a los actuales? ¿Y, por qué no, en fin, en esos esca-



Radiografía del craneo del mismo enfermo, obtenida por el Dr. D. Emilio Luque Morata.

sos restos típicos hallados en Mauer, Piltdown—fragmentos de cráneo sin frente ni cara—, Taubach, Le Moustier, Spika, La Quina, Pech de l'Azé—mandíbula con menton—, Malornaud, Arcy-sur-Cure—mandíbula con menton típico, pero poco acentuado—, Gourdon—fragmento de mandíbula—, La Noulette, Gibraltar, etc., etc., si los cráneos típicos no son múltiples en los varios yacimientos, si rara vez son restos óseos completos, si al aparecer una mandíbula rara vez aparece su cráneo y a la inversa, si no se muestran arquitecturas bastantes de las extremidades, esencialmente de las manos y pies que podrian hablarnos sin discusión, de esos adecuados «rasgos primitivos de bestialidad» que concluirían «en el transcurso de los siglos por adquirir la actitud perfectamente derecha»; si los restos de Mauer y Malornaud no se acompañaban de muestra alguna de industria, y el cráneo de Gibraltar apareció en terreno sin estatigrafía especial y sin

acompañarse de otros elementos fósiles característicos, y en el hallazgo de Neanderthal no encontróse ni residuos de fauna ni restos arqueológicos; si en buen numero de hallazgos sólo se cuenta como elemento de absoluta diferenciación en el orden cronológico, las características geológicas, y éstas únicamente son sólidas y bastantes, a este fin, en los terrenos diluviales; si el concepto de fósil es asaz deleznable, al depender la mineralización, no de la edad, sino de las condiciones físicas y químicas del terreno, etc., etc.?



Proyección de la cabeza radiografiada, sobre una calavera normal, por el Dr. D. Arcadio J. Rodríguez.

Atavismo, este es el asunto. Atavismo ahora y antes. O el *H. sapiens* descende del *H. neanderthalensis*; o ambos proceden de una especie anterior, humana o no; o cada uno descende de otra especie distinta.

Ahora bien; concluir que cada una descende de otra especie distinta, no sería más que alejar el problema. Concluir que ambas proceden de una especie anterior, que, para donar caracteres pitecoides como los que se encuentran en la especie *neanderthalensis*, habría de poseerlos más exagerados y habría, por ende, de ser más pitecoide aún que esta, en el proceso de evolución necesario para la formación de las dos especies

BRAC, 7 (1924) 79-85

obligaríanos a asentarla en el periodo terciario, con todas sus graves consecuencias antropológicas (y religiosas), pues que el hallazgo de Trinil, no tan distante morfológicamente de la bóveda craneana de Neanderthal y apareciendo en los estratos superiores del plioceno, fué recusado como *Homo primigenius* y calificado de antropoideo. Además, si en la especie *sapiens* pueden hallarse como fenómenos atávicos rasgos que hubieron de pertenecer, en primer lugar, a la especie común, natural es que se presenten con más frecuencia y más ostensibles en los primeros tiempos, y no hay razón en contrario bastante eficaz para negar que tales fueran lo que hoy se nos muestra como especie distinta.

Concluir, por último, que el *H. sapiens* desciende del *H. neanderthalensis* (1), negando la pluralidad de especies, es seductor; mas, esto supone perfectibilidad orgánica, morfológica; habla de existencia de rasgos que más pertenecen a los antropoides; y si el *H. sapiens* es una modalidad del género *Homo*, cambiada, perfeccionada, y éste en sus albores era más inferior en conformación y esta inferioridad traducíase por la presencia de rasgos anatómicos pitecoides, sin gran trabajo y necesariamente habríamos de llegar a la aceptación del origen antropoideo o simio del hombre, y... hoy, hoy parece que las corrientes científicas o de los científicos son contrarias al evolucionismo.

¿Cual es, pues, nuestra opinión, en concreto? No la tenemos y difícil es hacérsela en asunto tan lábil como el que nos ocupa; no se pueden hacer juicios definitivos, ni dictar leyes ni ponderar hechos aislados tan delezna- bles como las bases sobre que se cimientan.

Sí queremos decir que o se acepta la evolución como ley universal biológica, con todas sus consecuencias o el sistema de los prehistoriadores y de los aficionados a la Prehistoria de poner un mote más o menos adecuado a cada cráneo o hueso que encuentran, es una comodidad de nomenclator para recordar dónde los hallaron o un mero pasatiempo para *epa- tar* a quienes nos asomamos ingenuos a los ventanillos de lo misterioso.

Y esta es, para nosotros, la única trascendencia que tienen el cráneo hallado en Alcolea y la cabeza radiografiada.

DR. RUIZ MAYA.



(1) Esta conclusión impone, más que las otras, afirmar que el cráneo hallado en Alcolea es un sólito fenómeno de atavismo.